

tos, la Anarquía lo implantará en la Tierra y todos los seres lo gozarán desde que nazcan hasta que mueran.

Para llegar a tal dichosa sociedad ha propagado sin descanso cerca de medio siglo Anselmo Lorenzo. Yo, que pienso como él, pensaba no hacer en su honor más que un incompleto esbozo de sus ideas o de las ideas que nos fueron comunes.

Y como las dimensiones me obligan a cerrar, al hacerlo confieso mi sentimiento de no poseer el talento del inolvidable compañero, para que este recuerdo resultase digno de él y de las nobles ideas que con tanta constancia y brillantez propagara.

V. García



Medio siglo de propaganda ejemplar

Mirado superficialmente parece que no tiene importancia, mas si nos fijamos veremos que es una cosa extraordinaria, rarísima. Cincuenta años de constante propaganda en pro de una idea tan combatida como la anarquista, es un resumen bastante elocuente del valor moral de un hombre. Y si añadimos que esto ha ocurrido en un país tan reaccionario como España, será la prueba más clara que podremos exponer en demostración de las cualidades meritisimas que tenía Anselmo Lorenzo.

¡Cuántas cosas pasan en medio siglo! Tantos años de continua lucha representan un mundo de contrariedades: persecuciones autoritarias, dificultades para encontrar trabajo, miserias, desengaños... Seguir a través de tantos obstáculos y llegar idealmente puro y fuerte hasta la muerte, está reservado sólo a los espíritus superiores, a los héroes.

A la firme voluntad y constancia grande, a la convicción e intenso amor que Lorenzo poseía y que puso al servicio de su ideal, hay que añadir otras cualidades que en los tiempos modernos escasean bastante y que son aquellas que constituyen la personalidad íntima del individuo y determinan su vida privada.

Existe un abismo entre las ideas que muchos propagan por la palabra o por la escritura y las que de verdad ellos sienten y viven. La mayoría de los que pronuncian magníficos discursos o escriben hermosas páginas en defensa de bellas ideas, son seres degenerados. Son muchísimos los moralistas llenos de vicios y los radicales que obran reaccionariamente. En los tiempos que corremos es difícilísimo encontrar hombres que amolden sus acciones a las ideas nobles que dicen defender.

Los vicios y bajas pasiones tienen un dominio tan extenso e intenso en la sociedad actual, que solamente las almas puras y fuertes pueden elevarse y vivir alejadas de tantos defectos. Atravesar las densas capas de corrupción que nos envuelven y subir hasta las regiones sanas de la virtud, es labor de verdaderos superhombres.

Lorenzo subió y vivió en dichas regiones. Fué propagandista de una idea de belleza, justicia y bondad, y queriendo vivir su idea se acercó a ella todo lo que pudo. No propagó sólo por medio de la palabra y la pluma, propagó también por el ejemplo. Lorenzo fué bueno. Los que le trataban le querían y admiraban, fuesen compañeros o contrarios en ideas. Su familia le adoraba.

En lo dicho hasta aquí te parecerá ver, lector, cierta idolatría a Lorenzo. Me explicaré. Soy enemigo de idolatrar a nadie, aunque reuna los grandes méritos que poseía Lorenzo; pero si soy partidario de ensalzar las cualidades buenas para que nos sirvan de ejemplo. No estoy conforme con hacer un ídolo de nadie; pero si soy del parecer que debemos ser ídólatras y adoradores apasionados de aquellas hermosas cualidades que hacen al hombre sabio y virtuoso.

Yo veo en Lorenzo un hombre que con escasa instrucción tuvo constancia para cultivar su inteligencia y llegar a ser un talento; que con los defectos que poseemos la mayoría tuvo voluntad para sacrificar sus acciones y llegar a ser bueno, y

veo que su talento y bondad los empleó en defender la justicia, la libertad y la fraternidad.

Veo un ambiente saturado de ignorancia, maldad, egoísmo, hipocresía... E imaginativamente observo, como un hombre, por esfuerzo propio, se eleva, asciende... Ya no diviso sus facciones, su materia se espiritualiza... Del hombre no veo nada. Miro fijamente al sitio donde el hombre ha desaparecido y vislumbro una figura que no es humana. Esfuerzo mi vista para verla bien, y veo que de la confusa figura parten rayos de luz que terminan en brillantes palabras, en los que leo: *estudio, voluntad, constancia, bondad, altruismo...* Muchos son los rayos y cada uno tiene por remate una de esas palabras que expresan cualidades necesarias para constituir una sociedad más humana que la presente.

Esta visión simbólica nos muestra un ídolo, ídolo que cual aurora boreal alumbraba la oscuridad en que vivimos. Este ídolo si lo admito y estoy conforme con que lo coloquemos en elevado altar y le ofrezcamos nuestra más cariñosa devoción.

Idolatrar este ídolo es contribuir a derribar todos los ídolos humanos y vulgarmente divinos. Practicar esta idolatría es cooperar a la noble obra que Lorenzo dedicó su vida ejemplar.

Iridio



Anselmo Lorenzo

Hubiera querido enviar a TIERRA Y LIBERTAD algunas notas acerca de mis relaciones personales con Anselmo Lorenzo, que fué, durante tantos años, el amigo, mejor dicho, el hermano de mi corazón. Pero, habiéndome encargado Portet, otro gran amigo de Anselmo, que resumiera en un folleto que él publicará, los homenajes de innumerables escritores, compañeros o sencillamente admiradores del talento y de las virtudes de Lorenzo, y que complete el trabajo con algunos recuerdos personales (1), renuncio a hacerlo en estas columnas, ciñéndome a afirmar, con verdadera emoción, que tanto en Barcelona donde juntos redactábamos *Acracia* y *El Productor*, como en Montjuich donde fuimos compañeros de calabozo y luego en París donde, fraternalmente unidos, comimos el pan de la emigración, encontré siempre en Anselmo Lorenzo el maestro, el hermano, el hombre de excepcional serenidad, de amor sin límites al ideal y de valor verdaderamente heroico siempre que se trataba de defender los principios por los que ha luchado toda su vida.

Con Juan Serrano Oteiza, Fermín Salvochea, el doctor Gaspar Sentiñón, anarquistas lo mismo que Lorenzo, y con los apóstoles republicanos Francisco Pi y Margall y Nicolás Estévanez, formaba nuestro llorado amigo parte de esta notable falange de luchadores verdaderamente excepcionales, acerca de los cuales me decía aun el otro día nuestro querido compañero Kropotkin:

«En ninguna parte tanto como en España he visto, no sólo en las masas proletarias que son indudablemente superiores a las de los demás países, sino también en los luchadores que las guían y que en otras partes desempeñan con sobrada frecuencia el papel de malos pastores, una riqueza tal de sinceridad, entereza, consecuencia, abnegación y virtud.»

Por mi parte, deseo añadir que, desde la muerte del sublime Eliseo Reclus, no ha sufrido una pérdida tan dolorosa e irreparable el proletariado universal.

F. Tarrida del Mármol

Londres, enero 1915.

(1) El producto de la venta de este folleto, deducidos únicamente los gastos de impresión, será entregado a la admirable familia de Anselmo Lorenzo.— F. T.

El maestro Anselmo Lorenzo

Fué el maestro Anselmo Lorenzo hombre integérrimo, de viril abnegación y firme voluntad que sentía vibrar su corazón magnánimo contra la opresión y la desigualdad social; fué un divulgador y propulsor de las doctrinas del sublime y científico ideal anarquista, sintético y analítico; investigador de la moderna sociología. Eran sus estudios fruto de una prodigiosa fecundidad basados científica y filosóficamente. Era todo amor, vida y perfección; eminentemente humano, progresivo y racional. Con entusiasmo y perseverancia exteriorizaba cuanto sentía y pensaba en bien de la común aspiración de las reivindicaciones proletarias; sus geniales máximas eran la verdad escueta y la razón intrínseca; eran la visión clara que dejaba trazado el adecuado camino de la regeneración humana. Lorenzo, lejos de agotar sus extraordinarias energías, con más denuedo y tenacidad ha luchado para la supresión de las causas artificiales, contra todo lo que se sostiene por ininteligible hipótesis simplista, contra todo lo mitológico, jurídico y tradicional. Lorenzo tenía un prontuario y metódico concepto, concreto y definido, de lo falso y verdadero y a la faz de retóricos, pedagogos, teóricos y metafísicos, proclamaba la verdad científica, indicando con sus estudios iluminarios y sintéticos la dicha en la naturaleza humana. Rechazaba toda autoridad, legislación e influencia privilegiada; sus principios eran racionales, inflexibles, conducentes a la realización del espléndido ideal de justicia y libertad. ¿Qué le importaba a Lorenzo, que la tarea que tenía emprendida fuera ardua, difícil y escabrosa? ¡Nada!

Tal ha sido la labor del maestro Anselmo Lorenzo, cuyos trabajos han tenido la influencia aceleradora de la emancipación obrera; sus lecturas purificadoras y substanciales, de abundantísimos conocimientos, han eliminado susceptibles puerilidades de la masa ambigua y amorfa, y sacudido perezas mentales;

su pluma orientadora, descubridora de verdades, ha hecho apóstoles para la libertad, hombres convencidos conocedores de sus orígenes y del medio en que viven y se desarrollan. Lorenzo ha muerto cuando más necesaria era su labor, su penetración de investigación, su facilidad en sintetizar, recto y desapasionado criterio; ha muerto cuando más falta hacía su pluma orientadora en los momentos actuales de traiciones y claudicaciones vergonzosas; en los momentos culminantes de esa guerra cruel y sangrienta. Mientras los tráfugas, leguleyos y apóstatas, puestos al servicio de la burguesía y del gobierno para defender los intereses del capitalismo; mientras estos farsantes hacían palinodia de sus ideales por nimiedades mezquinas, Lorenzo, el batallador incansable, mantenía intacta su fe en el porvenir de la redención humana, sin desviarse del camino que tenía emprendido, sin perder su serenidad. Era como Salvochea, Bokoumine y Malatesta, entusiasta defensor

de las concepciones ácratas que son el desideratum de la libertad. Tal fué su entereza para la causa del ideal libertario, que lo defendió sin arredros; sin transigir de sus apodicticos sentimientos ofrendaba sus energías intelectuales para sustraer al obrero de erróneas y atávicas costumbres y apartarle de los desviadores del movimiento obrero; actuaba siempre con firme voluntad para extirpar los males que abruman a la humanidad.

Indicaba el camino rectilíneo de sus aspiraciones al obrero para que espontáneamente sacudiera la inmovilidad estacionaria y retrógrada y emprendiera la lucha intermitente para el triunfo de la causa del trabajo contra el privilegio. Lorenzo no era como los farsantes de la política que sólo quieren hacer del obrero un mecanismo silogístico para someterlo a inicua y cruel explotación; él consagraba su vida a la lucha para la derrocamiento de la iniquidad económica, la supresión del salario y la transformación de la inica propiedad privada, causas implícitas de múltiples y horribles sufrimientos; él trabajaba para hacer desaparecer el engendro de todos los fetichismos, los ídolos de barro, y los ídolos de carne.

Lorenzo será inmortal, su semilla germinará hasta en la dura roca y esparcirá la savia regeneradora del ambiente anarquista. No le atormentaba la sed de lucro; desdeñando las adulaciones de los unos y las maldades de los otros, continuaba sus estudios filosóficos y modernos para que la verdad resplandeciera con diáfana y clara luz.

Es un deber ineludible que nos incumbe cumplir, hacer extensiva la propagación de sus libros y escritos, para desvanecer atavismos, difundir conocimientos científicos y racionales, para emancipar a la masa indiferente y escéptica de preocupaciones sectarias. Los trabajos del maestro Lorenzo son cimientos indestructibles, de una razón sólida, de renovación y transformación de la estructura social; son verdades inconcusas de clara noción que ponen en evidencia la farsa de esa ciencia abstrusa, incognoscible y

subpresticia, venerada por clásicos y ortodoxos con el exclusivo fin de degenerar conciencias, encerrar pensamientos y mantener el pueblo en terquedad incrédula y rutinaria y vivir con su ignorancia.

Imitar al maestro Anselmo Lorenzo es el mejor homenaje que podemos dedicarle, siguiendo su conducta de luchador, compartiendo en sus convicciones, actividades y energías a la lucha para la derrocamiento de la sociedad de la injusticia y el privilegio que nos convierte en fahirs y unemployed, siempre expuestos a sucumbir agotados por la miseria y depauperados por el hambre. Si, imitémosle mostrando como él siempre la pureza del ideal; saliendo, como él, siempre incólumes de todas las corrupciones y degradaciones. Sigamos la progresiva, vertiginosa y ascendiente marcha que nos trazó, hasta que hayamos dado el empuje revolucionario al Gobierno, Clero y Capital, factores primordiales de la desigualdad social, diame-



Esclavitud